

lo que los pueblos quieren que sean; y si una preocupación tenaz ó un excepticismo enfermizo no disimulara ante los ojos de las mayorías influyentes la contradicción en que reposa nuestro estado artificial y equívoco,—las fuentes del carácter nacional habrían sido ya purificadas, como ha sido descuajado el terreno de las instituciones políticas,—y habríamos procedido de la esclavitud á la igualdad perfecta y de la barbarie á la civilización, como hemos procedido de la tiranía al gobierno popular y federativo.

Digo lo propio respecto de la tolerancia indispensable para el desenvolvimiento positivo de las libertades.—Un espíritu implacable ha animado las facciones en la República Argentina; y á salvo ciertas transformaciones de la conciencia pública adquiridas en medio de horribos desastres y cuya fecundidad reconozco y preconizo,—el juego político del país ha consistido en sustituciones de bandos en el gobierno, armados de la calumnia ó el denuesto cuando no podían esgrimir el azote con que los déspotas desalojan de las tribunas y de la prensa á los que interrumpen las delicias de su pasajera victoria.

Sé muy bien, cómo ya lo he indicado, que las desigualdades sociales están en la naturaleza; sé que la existencia y el combatir de los partidos son condicionales de la libertad democrática; mas, por lo mismo que lo son, por lo mismo que ninguna ley puede ni debe reprimirles, im-

porta que en la complexión de la sociedad funcionen resortes que rectifiquen sus movimientos y prevengan sus desviaciones.

Llego aquí á la consecuencia de Montesquieu que era también la consecuencia del *Dogma socialista*. «El principio de la república es la virtud», decía aquél. «El principio de la libertad» y de la igualdad,—decía éste,— reside en la » fraternidad definida por la noción del deber » moral.»—Entérminos diversos, ambas máximas encierran una misma doctrina y una conclusión rigorosa; porque si el concepto democrático del derecho y la soberanía implica constituir en la justicia el criterio de la vida colectiva para radicar el espíritu que penetró en las legislaciones romana y visigoda en el período crítico de la civilización moderna,—se sigue indivisiblemente, que el resorte moderador de la sociedad en sus desigualdades, en su juego orgánico y en sus movimientos de ideas y pasiones encarnadas en los partidos, no es ni puede ser sino la moralidad universal que compensa nuestra fragilidad nativa.

Pero el *Dogma* no se detiene en esta conclusión que podría ser tachada de vaguedad. No basta ensalzar la moral: es menester determinarla; porque de hecho, puede atribuírsele tres fórmulas,—y equivocándose al elegir, nada menos se arriesga que destruir su principio mismo.

Al formular su credo, el *Dogma* dice en primer lugar: Dios.—Luego, rechaza la moral independiente; y á la verdad que ninguna idea



neta, ninguna regla estable puede percibir el hombre en materia de moral cuando desecha el concepto de la divinidad.—La conciencia emancipada de la voluntad superior va al vicio directamente, como va al error el pensamiento emancipado de las trabas de la lógica.—La idea moral no es una forma esencial de la razón, sino porque lo es también la idea de lo absoluto que se resuelve en Dios, centro de todas las inteligibles eternas.—Y los libre-moralistas, que son lógicos, no lo atenúan.—Reputan la divinidad una categoría ideal, producto de productos, como todas las formas de la naturaleza desde el elemento inorgánico hasta el pensamiento y sus ideas, la conciencia y sus reglas. «*El vicio es un producto*», dice Enrique Taine, porque el hombre lo es y su imperfección nativa está en el orden».... Explicando así todo fenómeno psicológico como un movimiento, según la hipótesis materialista y positivista,—ni el error tiene explicación, ni la lógica principios, ni la moral asiento ni criterio.—Es pues la moral independiente «una moral variable y corruptible».—Añado que es una ficción y sólo concibo que sus apóstoles resistan á la depravación, teniendo en cuenta que las ideas cristianas, aunque maleadas ó truncas, se filtran desde temprano en todas las almas en la civilización contemporánea, y enderezan la conciencia de los ilusos á pesar de sus extravagancias metafísicas.

Otra fórmula, fundada ya sobre el deísmo, es la religión natural, «aquél instinto imperioso,—

» dice el *Dogma*,—que lleva el hombre á tributar homenaje á su criador; pero ella, agrega, » no le ha bastado, porque, careciendo de certidumbre, de vida y de sanción, no satisfacía las » necesidades de su conciencia». La repele explícitamente, como véis; y añadiría poquísimo para aclarar su doctrina, si no prefiriera citaros en su abono la de un adversario, el más sincero y leal entre los espiritualistas del siglo que rechazan la religión positiva. Aludo á Julio Simon.—El preconiza la religión natural con acento en que vibran todos los sentimientos de una alma señalada con la unción del genio y de la virtud, todos los anhelos de un corazón sediento de las cosas divinas y lastimado por las sombras que no puede despejar. Su elocuente exposición remata, sin embargo, en una confesión angustiosa.—Preséntase colocado, en fuerza de todas las ideas que le suministra la religión natural entre dos términos irreductibles, batido por dos raciocinios inconciliables: el uno concluye en la idea de la Providencia,—el otro en la inmutabilidad de Dios: el primero en el instinto de la oración: el segundo en su esterilidad, si el Sér Supremo es inaccesible á la plegaria como lo sería necesariamente si su Providencia no se ejercitara clementemente á favor de los que en la sinceridad de su fe obedecen aquel precepto de Jesús: «Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá».—Ahora, la religión natural es impotente para colmar este vacío.—El lo confiesa, como lo reconocía el *Dogma* al acogerse á la región



en que surgen certidumbres inmovibles, declarando: «El Evangelio es la ley de Dios, por que es la ley moral de la conciencia y de la razón,» y formulando su credo en la palabra simbólica que comento: «Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo, su ley».

Circunstanciando esta declaración, bajo el aspecto político, añadió: el cristianismo debe ser la religión de las democracias.

Séame permitido hacer resaltar brevemente la profunda verdad de estas palabras, tanto más elocuentes cuanto que salen de labios en los cuales luchaba por estamparse la sonrisa volteriana (1). Bastaría reparar en que del cristianismo nace el principio de la justicia abstracta introducida en la legislación, verdadero foco de la regeneración política del mundo,—si los fundamentos de la libertad popular no estuvieran confirmados en cada página del Evangelio. Me abstendré de enumeraciones prolijas; pero no puedo prescindir de invitaros á reflexionar sobre este dato; que el cristianismo es la única doctrina religiosa que no constituye la entidad social en órgano dogmático, y que atribuye al movimiento del hombre hacia Dios caracteres en cuya virtud la evolución se consuma

(1) Más adelante (Lectura X) se verá la contradicción del *Dogma* en materia religiosa; circunstancia que revela poca solidez en las creencias de sus autores y que explica multitud de errores imperantes hoy día en la sociedad y gobierno de nuestro país.

entre la conciencia y la divinidad, en el santuario, impenetrable para toda mirada, en que se neutraliza toda presión. He ahí el individualismo, cimiento de la libertad civil. Conocéis también la enseñanza encerrada, ya en la parábola del hombre que distribuyó diez talentos entre sus servidores, exigiéndoles al volver cuenta de su labor según la capacidad y recursos de cada cual, y premiando á los que habían sido fieles y activos y castigando al perezoso: ya en la parábola de las vírgenes prudentes que aguardaban preparadas al esposo; y en ellas encontraréis la fórmula simbólica y religiosa de la solidaridad que es el principio de la libertad política, y de la perseverancia y el trabajo que son el principio de la civilización. Por fin, si la fraternidad es la expresión más alta de todos los sentimientos conservadores del derecho, no sé que pueda encontrar confirmaciones más solemnes que la doctrina de la caridad y el ejemplo de inalterable misericordia del Salvador que vivía con los pecadores y redimía á Zaqueo y la Samaritana.

El *Dogma socialista* condensa los principios de la civilización y los elementos de la libertad al afirmar que el cristianismo debe ser la religión de las democracias. Quien le rechaza, rechaza juntamente todas las bases del orden político y de sus garantías; y de ahí que las sociedades modernas le deban claros testimonios de veneración.

Tocamos en este punto con una grave cues-



ción que el *Dogma* agitó también; me refiero á la libertad religiosa, ó más propiamente, á la libertad de cultos.—El *Dogma* la acepta; pero entendiendo que sin la moralidad desenvuelta por el cristianismo vacilarían todos los derechos y sus garantías externas; añade que es atributivo de la sociedad reprimir aquellos cultos que hieran la moral social ó perturben el orden. Hasta aquí no hay dificultad seria, pero aparece cuando se trata de las calidades requeridas para el voto pasivo, y versa sobre este problema:—Si puede exigirse, como condición de elegibilidad algún carácter religioso á los individuos.—La legislación de varios pueblos libres le ha resuelto desechando toda exigencia de creencia particular á los funcionarios políticos, con tal que pertenezcan á alguna comunión cristiana, como en Suiza, ó que declaren creer en Dios, la inmortalidad del alma y la responsabilidad futura, como en la constitución de Pensilvania. Dado que es temerario fiar en las confesiones aconsejadas por impulsos distintos de los deberes de conciencia, no percibo gran ventaja ni seguridad en estas garantías; y como homenaje á la doctrina en que estriba toda la estructura de las sociedades libres,—bastaría, á mi juicio, invocar el Evangelio en las solemnes protestas de fidelidad á la ley y á la nación que tradicionalmente preceden á la exaltación de un hombre á las funciones políticas más elevadas.—Veo en ello un hermoso acto de lógica y de sinceridad, exento de todo peligro, toda vez que es igual-

mente legítimo exigir respeto por las leyes que por las fuentes doctrinarias de donde emanan. Por lo demás, una sola especie de hombres, si no es cediendo á una aberración, podría rehusarlo: aquellos que positivamente niegan todas las ideas absolutas en que germina la civilización democrática. De lo contrario, ni el libre-pensador más desprendido de todo vínculo religioso, negaría su tributo de veneración al Evangelio (1).

En resumen, señores: el *Dogma socialista*, realizando las libertades políticas por la solidez

(1) Con motivo de la admisión de los judíos en el parlamento, fué activamente discutida esta materia en Inglaterra, y al recordarlo, se me ocurre consignar aquí ciertos hechos que corroboran mi opinión.—En el seno del judaísmo contemporáneo hay una elaboración profunda promovida por tres escuelas: la tradicionalista, representada por Bloch, la reformada que tiende á dulcificar sus máximas y disciplina, representada por Levy Bing,—y la llamada liberal, representada por Hipólito Rodríguez: elaboración científica y social, de la cual han surgido, por una parte los proyectos de colonización de la Palestina, y por la opuesta, el reconocimiento de la sublimidad doctrinaria y moral del Evangelio, formulado por uno de sus adeptos con estas palabras: «El mesianismo es la promesa hecha por Dios á los judíos de desenvolver su religión. El día de Jesús es un día mesianico: el Evangelio es una buena nueva: la iglesia hebrea es la madre y la iglesia cristiana es la hija, y su autor el modelo de todas las perfecciones humanas, el virtuoso por excelencia, que sacrificó su vida por la salud de la humanidad».—«Si Jesús,—dice Adolfo Cremieux,—reapareciera en medio de nosotros seguramente que no le crucificaríamos.» Estas palabras aún más terminantes que las de Mahoma (Coran, Cap. V. *La Mesa*, v. 85) pronunciadas por los adversarios más radicales del cristianismo y del Evangelio muestran con una luz singular el movimiento instintivo de la humanidad iniciada en la civilización y en las esperanzas del derecho por acogerse al amparo de una doctrina, sagrada y fecunda respecto de la política y de la legislación para quien no haya perdido el sentido de lo transcendental.



de la base que les atribuye, explica la trabazón de los derechos civiles en la región moral, y busca la garantía de la libertad y de la igualdad en el sentimiento fraterno elevado á la categoría de los principios religiosos en su forma más completa.—No profundizó en vano los misterios de la naturaleza; y deseo que la juventud que estudia conmigo el espíritu de la generación antecedente sea aún más afortunada que ella, borre los engaños subsistentes, la supere en lógica, y busque la libertad en la civilización que moraliza los pueblos, reparte la riqueza, fomenta la ciencia y engendra el arte educando el sentimiento de lo puro, de lo bello y de lo grande.—He dicho que tenemos intolerancias y desigualdades; debo añadir que tenemos egoísmos. Confesémoslo para entrar en vía de arrepentirnos. Tenemos egoísmo urbano que cierra nuestros oídos al lamento de la enorme mayoría popular despojada de bienestar y de derechos, esclava en medio de la libertad,—paria en el seno de una democracia arrogante con su soberanía; tenemos egoísmos de clases que inveteran las desigualdades y nos vuelven insensibles á la degradación sistemática de una fracción social, condenada á las industrias serviles y educada en las escuelas públicas ó para la servidumbre ó para el vicio; tenemos egoísmos personales que nos hacen descuidar el interés público y poner su cultivo en malas manos, abandonando los comicios, tolerando los aplausos discernidos á la ignorancia y las coronas puestas sobre la frente

de todos los que triunfan.—Por fortuna, no provienen de una perversión de la conciencia, sino de un vicio intelectual,—el empirismo, cuyos estragos resaltan en cada faz de nuestra historia.—Levantar la mente hasta las generalizaciones vastas es el medio de curar el mal en su raíz; y dar ese vuelco á nuestros métodos y procedimientos políticos es la misión de la juventud, como fué el intento del *Dogma socialista* en la doctrina político moral que acabo de exponer.—Pero no remontaremos el vuelo, señores,—sino á impulsos de un sentimiento disciplinado en la contemplación de lo supremo y de lo bello. Trepeamos á su cumbre: se llama el cristianismo.